

dos soldados iban delante del condenado á muerte y los otros dos detrás. Poco antes de llegar á la esquina que forma dicho callejón con la calle de la Compañía, Tomás dió un paso hacia atrás, aceleradamente asió por el cuello á los dos franceses que venían tras él y los arrojó con fuerza contra los dos que iban adelante, y los cuatro cayeron por tierra. Inmediatamente dobló la esquina y sentóse con la mayor tranquilidad en el marco de la primera puerta que encontró, con el cuerpo encorvado y simuló amarrarse la correa de un huarache. El ancho sombrero de petate cubriale todo el rostro. Apenas se había colocado en esa actitud, pasaron muy cerca de él los cuatro soldados á toda carrera, lanzando gritos de rabia. Sonrióse Tomás, púsose en pie, y paso á paso siguió por el mismo camino que acababa de recorrer y dejó impertérrito el callejón de Veyna.

—Dios no quiso, murmuró agradecido en lo íntimo de su alma, al hallarse frente al costado Norte de la que hoy es la Catedral.

La autoridad buscó en vano á Tomás por todas partes. Sus amigos no le han vuelto á ver desde entonces, ni á él, ni á su anciana madre, quien desapareció de Zatecas el mismo día de la fuga del hijo.



POR LA DICHA AJENA

I

Como á ocho kilómetros aproximadamente, al Sur de la ciudad de Durango, hállase situada la fábrica de hilados "El Tunal," una de las mejores de la República, famosa especialmente por su manta trigueña, de la que en otro tiempo tuvo grandes ventas.

La fábrica se mueve por el agua del río que baja de la sierra; la toma se hace de una presa situada á no muy larga distancia de la fábrica, y llega á ésta por una ancha acequia abierta al pie de las montañas y sombreada por no interrumpida hilera de añejos fresnos y sauces.

Altas montañas limitan el valle por todos los rumbos, menos por el Oriente, y por el centro de aquél, culebrea el río, que

no es caudaloso, pero cuya corriente no se corta casi nunca.

Casitas aquí y allá forman pintoresco pueblecillo á donde van á veranear muchas familias de la ciudad. Algunas de esas casas están situadas á orillas de la acequia y surgen poéticas entre el follaje que las circunda.

Los leñosos tallos de las hiedras de azules flores de brevísima vida, trepan hasta las azoteas.

El panorama que presenta el pueblito y la fábrica rodeada de huertas, está llena de color y de vida.

II

Era el mes de Septiembre; varias distinguidas familias duranguenas habían rentado casa para pasar una corta temporada en el pueblito. Don Santiago, dueño de ella, con su esposa é hijos, redujose á vivir en dos piezas independientes con vista al patio cubierto de flores y árboles que formaban lozano jardín.

Leonor, la hija de don Santiago, era una niña que se despedía ya de la adolescencia y entraba en el florido vergel de la juventud; su conjunto de soberano atractivo, tenía singular espiritualidad; en la mirada de sus ojos garzos, mezclábanse la melancolía y la dulzura, y el terso y pa-

lido óvalo de su rostro resplandecía con angelical pureza. Aunque no muy alta, conocíase á primera vista el precoz desarrollo de su cuerpo. Parecía también haberse anticipado en ella la luz intelectual. El ceño que algunas veces plegaba las cejas de la joven, indicio era de los primeros combates de las pasiones, y alguna que otra silenciosa lágrima, señal del impetu primero del cariño.

Había crecido en aquel ameno pueblecillo, sin ir casi nunca á la ciudad. El maestro del lugar habíale dado lecciones y apenas aprendió á mal leer y escribir, pero pensaba mucho, mucho. La posición de don Santiago era desahogada, gracias á su laboriosidad y extrema economía.

Leonor, desde su niñez, presenciaba año por año, los juegos de estrado con que los jóvenes de ambos sexos se divertían en las temporadas que pasaban en la casa de su padre. Tomó afición á todos aquellos juegos que se sabía al dedillo, y nació en su corazón la simpatía por las señoritas y señoritos de la ciudad.

Cuando la pubertad con sus vagos anhelos, su ansia de cariño y su torbellino de ilusiones, habló á aquella alma criada en la floresta, Leonor se estremeció de emoción. Su principal libro había sido el campo, la montaña, el río, el cielo, la Naturaleza entera, con sus melancólicos tintes.

sus alegrías llenas de luz, de calor y de vida y su dramática fuerza desarrollada en el huracán y en las tormentas; todo esto había influido tan poderosamente en el alma de la niña, que su carácter tenía algo de la poesía de la Naturaleza y de su magnífica excelsitud.

III

Entre el grupo de jóvenes que estaba de temporada en la casa de don Santiago, sobresalía Eugenio, por su perenne alegría, sus agudos chistes, hijos del ingenio y no de la malicia, pues hasta sus sátiras eran inofensivas. A Leonor cayóle en gracia aquel rostro franco y simpático, en cuyas frescas mejillas anunciaba poblada barba, fino vello, parecido á la peluza de los melocotones del huerto. Empezó por pensar mucho en él y acabó por amarle apasionadamente sin la más remota esperanza de ser correspondida. ¿Quién era ella, pobre lugareña sin educación ni cultura para soñar con el amor de aquel joven de brillante porvenir? Además, otro valladar se levantaba entre Eugenio y ella: Aurelia, la novia del joven, señorita de esmerada educación y de no escasa belleza y que amaba á Eugenio con toda la vehemencia del primer amor. Era Aurelia una morena de incomparable gracia, sus

negros ojos de extraordinaria viveza y tan expresiva, que sus ademanes hablaban antes que su voz.

Leonor, más de una vez, al través de los rosales del patio, sorprendió á los novios en amoroso diálogo. Desde allí vió muy bien en los juegos de estrado, que los ojos de la una buscan sin cesar á los del otro, y al encontrarse desbordantes de ternura, relampagueaban de regocijo. Y la enamorada muchacha lloraba sin querer, y aun alguna vez sintió ira, envidia, celos, ó todo junto, contra la dichosa elegida por el corazón de Eugenio.

Un día la encontró el joven á quien había llamado la atención que los ojos de Leonor estuvieran frecuentemente clavados en él.

—Niña, díjole con afecto. ¿Por qué me miras tanto?

Las mejillas de Leonor pusiéronse rojas como las amapolas del prado, bajó la vista y deshebrando una punta del delantal, contestó muy turbada:

—Me gustan los juegos de estrado, y como usted los explica tan bien, le oigo con atención para aprenderlos.

—Hermosa niña, ¿Vendrás una tarde á jugar con nosotros?

Por única respuesta la muchacha rompió á llorar y fuese corriendo por el jardín.

—¡Pobrecilla, es muy tímida! murmuró Eugenio.

Y desde entonces Leonor no volvió más á la enramada desde donde veía los juegos; pero si algún curioso se hubiese asomado por el agujero de la llave, hubiera visto afocado hacia Eugenio un lindo ojo donde ardía la luz del amor.

IV

En una de esas tardes de otoño, tibias y fragantes, en las cuales todo habla de cariño á los juveniles corazones y en el alma se siente hervir la vida y de su exuberancia brotan racimos de ilusiones, Eugenio, después de los juegos de estrado, animados como nunca, fuese en compañía de Pedro, mozo de toda su confianza, á bañar al río, á un lugar que, por su arenoso fondo, era el preferido de los bañadores.

La alegría de Eugenio se desbordaba cantando por el camino populares canciones. Llegó á la margen del río cubierto de espeso jaral, y momentos después, cantando aún, de un salto arrojóse al agua.

Sucede frecuentemente que las grandes crecientes ahondan algunos lugares y atie-ran otros. Hacía pocos días que el río había crecido tanto, que inundó la tienda de raya de la fábrica y en varios puntos

se juntó con la acequia que corre por el pie de las montañas. Eugenio, en la confianza de que aquel lugar le era conocido, no tomó ninguna precaución. Al caer al agua, no halló terreno firme donde pisar y poseído de terror sintió que se hundía más y más. Pudo con soberano esfuerzo, salir á la superficie: con angustioso grito pidió socorro, y braceando sosteniase á flote con gran trabajo. Pedro, que no sabía nadar, fuése á todo correr á pedir auxilio. Al recibir la funesta noticia, muchachos y muchachas corrieron al río, y Aurelia entre éstas con el pánico pintado en el semblante.

Antes de llegar, divisaron por entre el jaral, un bulto que corría precipitadamente, llegó á la orilla y sin desnudarse, se arrojó al agua.

Cuando asustados y jadeantes llegaron todos al río, Leonor estaba en la playa y tenía en el regazo el desfallecido cuerpo de Eugenio. De pronto, no conocieron á la niña, pues la sangre empapaba su rostro y casi todo el brazo derecho. Al tirarse á nado con loca precipitación, estrellóse el cráneo contra una roca. Cuando se sintió herida, clamó con indecible angustia:

—¡Dios mío, te pido sólo unos momentos de vida para salvarle!

Y Dios le concedió esos momentos; y

al llegar hasta ella los jóvenes en tropel y Aurelia á la cabeza de ellos, díjole á ésta con lentitud y honda ternura:

—Señorita: allí le tiene usted salvo para que sea feliz. Dijo, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de Eugenio y expiró.



MUERTO EN VIDA

I

Los nefastos días de encarnizada guerra civil, hacia los cuales no se vuelve sin horror la vista, corrían para la patria que contemplaba á sus hijos sojuzgados por el ímpetu exterminador de las pasiones. Era el año de 1858: acababa de tomar posesión de la Comandancia militar de Zacatecas el egregio General Manero, y del Gobierno el sabio y virtuoso abogado don Vicente Hoyos, una de las olvidadas glorias zacatecanas, que vive sólo en la memoria de sus leales amigos.

Después de la acción de Carretas, Castro y Auza se incorporaron al ejército de Zuazua, que constaba de cuatro mil quinientos hombres, y se dirigieron á Zacatecas, donde Manero contaba solamente con setecientos.